

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

Reacción y Revolución

Diariamente se produce el choque de estas dos fuerzas dinámicas. ¿Retrocedemos o avanzamos? ¿Triunfa, en esa feroz lucha de los intereses y en ese formidable choque de las ideas, las fuerzas del progreso social, el espíritu nuevo, la conciencia universal capaz de operar la resurrección del alma humana agobiada por el peso de seculares sumisiones y eternos renunciamentos? ¿Se impone, por el contrario, la animalidad ingénita del hombre que resurge feroz para plantear los imperativos del instinto, el único guía de los pueblos en las noches tormentosas de los apocalipsis sociales?

La revolución se juzga por los hechos de fuerza que realiza. El progreso se mide, no por el grado de cultura adquirido por los pueblos, sino por las conquistas económicas arrancadas por la clase desposeída a la clase poseedora. Pero de la misma manera que en un cambio de régimen social, en una suplantación de poderes y en un relevo de castas dirigentes en el manejo del Estado puede encararse todo un proceso de reacción, así en las conquistas materiales del proletariado se encierra muchas veces el factor degenerativo de su espíritu libertario y de su cultura revolucionaria.

En las luchas de esta hora angustiosa parecen estar únicamente en juego los intereses de las clases que aportan sus antagonismos a la solución de un difícil problema. La burguesía pretende volver al equilibrio político y económico de la ante-guerra. Y el proletariado, consciente de su fuerza, pero ignorando el valor de las ideas revolucionarias, quiere aprovecharse del actual desconcierto para suplantarlo al capitalismo en la dirección del mundo.

Reacción y revolución, como exponentes de dos fuerzas puramente biológicas, se confunden en muchos casos. ¿Acaso solamente las castas dinásticas, la plutocracia y los bien alimentados pretores del régimen burgués, quieren el retroceso hacia los desaparecidos regímenes absolutistas y despóticos? ¡Ah, no! También los autoritarios de la escuela marxista, esos artifices del super-Estado, sueñan con la restauración del viejo despotismo, claro está que adornado con un nuevo nombre y "humanizado" con una doctrina revolucionaria.

La revolución no puede estar limitada al hecho de fuerza que supone arrojar violentamente del poder a las actuales castas dirigentes. Si el Estado subsiste a la conmoción social provocada por el pueblo, si un partido cualquiera alega sus de-

LA CUESTION EUROPEA...



La Revolución. — Me parece que va llegando la hora de arreglar todo esto...

rechos al gobierno y se impone a la mayoría con el pretexto de salvaguardar los intereses colectivos, puede asegurarse que las fuerzas reaccionarias vencieron a las revolucionarias. Rusia nos da el ejemplo de ese trastocamiento de valores en pleno período subversivo. El proletariado dió en tierra con el régimen zarista y se dispuso a conquistar sus derechos empleando el arma revolucionaria. Pero al amparo de esas fuerzas populares que acababan de realizar la gran epopeya, una minoría audaz preparó el golpe de mano y trepó al poder. Y la contrarrevolución fué iniciada por los nuevos gobernantes del pueblo ruso, que no por invocar la representación del proletariado dejaron de recurrir a la violencia para asegurar el principio de autoridad de su Estado absolutista.

Sin libertad no hay verdadero triunfo revolucionario. Por eso los cambios sociales provocados por la última guerra responden a hechos de fuerza desprovistos de todo contenido ideológico: son exponentes de

la reacción manifestada en los medios proletarios en que el concepto estatista de la revolución favorece los planes de los elementos políticos que aspiran a la conquista del poder. La burguesía nada pierde con esos cambios de gobernantes y sí gana mucho favoreciendo el triunfo de los socialistas de Estado.

DEFINIENDO EL PROGRESO

Los optimistas, haciendo caso omiso de los movimientos caóticos que forman el vaivén de la humanidad en los grandes hechos históricos, siempre exaltan el progreso humano y no creen en las regresiones. En cambio, los pesimistas ven con amargura, cuando el método de autoridad y coacción triunfa y se repite secularmente, que la perfección humana es bien problemática y que hasta nuestros días jamás estuvo cimentada en bases sólidas.

El error de ambos extremos, el del optimismo y el del pesimismo, estriba, a

nuestro juicio, en no plantear bien el problema, haciéndolo siempre demasiado externo al individuo. Nos parece incontrovertible afirmar que no puede haber homogeneidad en un ideal colectivo si antes cada cantidad separada no se ha formado una conciencia propia, una energía volitiva, un firme deseo de realización. Y eso sin olvidar el influjo que ejerce el determinismo social, pero no dándole tampoco toda la importancia que se le atribuye por los de voluntad flaca. El individuo bien equilibrado, sin extravagantes exaltaciones, es un reactivo constante contra las preocupaciones del medio ambiente. Que cada uno conozca su propia fuerza. Desear y querer en el mayor grado, tal es la palanca del mundo.

Y no se olvide que el progreso humano no es una línea recta, ni tampoco una desviación de cualquiera otra ruta que las diversas doctrinas o creencias le señalan. ¿No será más lógico y sabio adoptar a la forma circular y decir, por tanto, que está sometido a leyes eternas, o más claro, a llegar al punto culminante para después descender y continuar sus ciclos de evolución hasta el infinito?

Que cada uno medite sobre la trascendencia de tal problema, que abarca todos los demás y que tiene la solución que más convenga al grado de su evolución intelectual.

Esto equivale a decir que cada uno debe hacer sin jactancia su trabajo de autoeducación, apoyándose en las fuerzas de su raciocinio y no internándose en el dedalo de las lucubraciones filosóficas sino con mucha circunspección, sin pretender vanidosamente hacer afirmaciones en sentido esotérico, absoluto o definitivo, porque en resumen no existe una verdadera arquitectura ideológica que convenga a todas las edificaciones del pensamiento. Vamos,

pues, en busca de la mayor suma de verdades relativas todos los que más o menos nos preocupamos de los problemas psicológicos y sociales. Una cosa es la realidad de cada día y otra bien diferente la del mundo interior que nuestra imaginación o nuestras facultades cerebrales se forjan transitoriamente. Nada hay, pues, edificado sólidamente en la humanidad. Es un continuo tejer y destejer lo que caracteriza la evolución de nuestra especie.

Ahora bien, el lector impaciente que desea conclusiones prácticas, de aplicación inmediata, el ser que mira más la superficie que el fondo de lo escrito, preguntará: — ¿a dónde vamos a parar con esta filosofía?

— Ohi, caro amigo áorata, la más sana enseñanza que se desprende de estas modestas líneas, es la equanimidad, que tiende sobre todo a desterrar de nuestro fuero interno todo resabio de torpe fanatismo. ¿Te parece poco? ... A nuestro juicio, en tal desarraigo consiste lo mejor de la conducta humana, que es tanto como decir libertaria.

COSTA-ISCAR.

NOTAS

Terrorismo ciudadano

La población pobre de la capital argentina vive constantemente terrorizada entre los engranajes del tráfico metropolitano. Desde que la electricidad y la gasolina vinieron a darle los últimos retoques a esta ciudad para incorporarla definitivamente a la civilización, este pueblo fué presa del terror de las velocidades, se enfermó de pavor, que es una enfermedad terrible, como terrible es el monstruo que rueda incessantemente sobre la población ciudadana.

Y lo peor que ese terror tiene sobrada razón de ser. No queda una sola cuadra de calzada en esta inmensa urbe, donde el tráfico no haya triturado algún obrero alguna mujer o varios niños. Ese monstruo devora en plena calle y a pleno día sus víctimas. Por eso se ha hecho más temible, porque gusta exhibir sus cualidades terroristas a los ojos desorbitados de espanto de los peatones. Y ese sacrificio diario de víctimas humanas, los charcos de sangre sobre la calzada y el lamento desgarrador de las víctimas, han entenebrecido el alma popular, la han contraído como se contrae el cuerpo al efecto de un latigazo.

Las madres no duermen sin ser atacadas por la pesadilla del tráfico triturador de niños; los padres no cuentan al volver del trabajo que hallarán vivos a todos sus hijos.

Así malvive la población pobre de esta metrópoli, temblando, gimiendo y llorando sobre los cadáveres de los que caen. Y el monstruo tiene cada día más exigencias, precisa cada día más víctimas.

Es que Buenos Aires se ha incorporado definitivamente a la civilización...

Actuales y futuros

Indiscutiblemente, los "comunistas" están en la misma situación que los burgueses con respecto a nosotros, tienen tantos motivos como los otros de ser nuestros enemigos; los burgueses, porque el anarquismo ataca desde la base sus privilegios adquiridos; los "comunistas", porque atacamos los cimientos ya echados de sus privilegios futuros.

El anarquismo es la piqueta contra los instrumentos del capitalismo, y aquí está el quid de la cuestión. Tanto los cancheros del Estado actual como los que aspiran a ejercer las mismas funciones en el futuro, instrumentos del capitalismo y futuros instrumentos, sienten por igual la ofensa, reciben los golpes en el mismo sitio: en la barriga, que es la parte más sensible del canchero.

Nada más natural, pues, que los "comunistas" echen diariamente su porción de calumnias, diatribas y demás inmunidias sobre nosotros; si fuesen ya los dueños del poder nos coharían su perrada, como hacen los burgueses actuales. Pero todavía no tienen más que la lengua y la pluma, aunque trabajan por tener también los vigilantes.

La autoridad

Todas las plagas juntas, todos los flagelos agotando a un mismo tiempo a la humanidad, no causarían tantos males a ésta como los que ha sembrado la autoridad desde que apareció sobre la tierra como una aberración de la inteligencia del hombre.

No es exagerado afirmar que todo lo malo que existe en el alma humana se debe a la autoridad; son los factores de su siembra; es la enseñanza de esa escuela que se organizó en el pasado e impuso sus razones por la fuerza del número o de las armas, siempre con violencia; esa escuela de la violencia, que llegó a ser formidable y sus discípulos fueron todos los hombres y el veneno de la autoridad se derramó sobre todos los miembros de la especie racional... y llegó hasta nuestros días convertida en institución del mal levantada por las castas prepotentes contra las muchedumbres desposeídas.

Esa institución del mal es el Estado, la más exacta expresión de autoridad sobre la tierra.

Predicar con el ejemplo

Sobreponerse al ambiente debe ser en todo caso y momento nuestra norma de conducta; actos de voluntad estos que deben distinguirse a los anarquistas cada vez que se nos ofrezca la ocasión de propagar con el ejemplo nuestras ideas. Es esta la manera de llegar hasta el corazón del pueblo con la semilla del ideal — que al pueblo se le redime con el ejemplo, por más que el pesimismo lo calumnie diciendo que sólo quiere redentores para crucificarlos.

Pero para sobreponerse al ambiente hay que saltar por sobre las vallas de la rutina, altas y cubiertas de pinchos, hostiles y agresivas como los muros de una prisión. Y para saltar esas vallas hay que hacerlo no solamente con éxito, sino que también con garbo, con toda la gallardía y el desinterés que deben caracterizar nuestros actos, con la menor cantidad de violencia que sea posible y poniendo en la obra el valor que dan las convicciones profundas.

Es así como la semilla del ideal llegará hasta donde queremos llevarla: al alma del pueblo que nos hemos propuesto redimir.

Escribir...

Una serie de obras maestras, desarrollando las actitudes del idioma, le han dado la riqueza, la flexibilidad y la fuerza; han creado las locuciones y las formas... Su diccionario, conteniendo con los vocablos, los giros, las fórmulas y el significado de las palabras, es un arsenal donde hormiguean las ideas, de las cuales ningún escritor agotará los tesoros. A estos materiales de por sí tan ricos, la gramática y la retórica agregan además sus enseñanzas...

...Se tienen repertorios de rimas, de sinónimos, de epítetos, de perífrasis, de ejemplos selectos, que basta recorrer para ver surgir infinitos puntos de vista nuevos, acercamientos ingeniosos, rasgos de espíritu...

El despojo de literaturas extranjeras aporta un último contingente, con el cual se dará un color todavía más fuerte a esta originalidad de mala ley. Coraje entonces, joven, tome y mezcla, como hacen los boticarios. Vd. es escritor, Vd. puede, por lo menos, durante una generación, llegar a ser un gran hombre.

PROUDHON

DE PIERRE RAMUS

El individuo y la comunidad

Todas las organizaciones injustas y perjudiciales de la sociedad no existen solamente porque sus representantes, principales son malos y de moralidad inferior o violentos, fuertes y conscientes de su poder; tan cierto es esto que podemos sostener también lo contrario: seguirían existiendo aunque sus principales aprovechadores fuesen los hombres más nobles. La existencia de toda institución social arraiga en otro terreno que el orgullo de poder o en la voluntad de unos simples individuos. La estructura social arraiga en el hecho de su reconocimiento por las fuertes masas minoritarias que la defienden con audaz celo y con la consiguiente decisión y ponen de su parte todo lo posible para que aparezca ante las más grandes masas del pueblo como la mejor y la más provechosa.

Por lo que se refiere a las últimas se colocan ante todas las estructuras sociales completamente indiferentes, confiadas y resignadas. Las grandes masas populares nacieron sujetas a determinadas condiciones. Trabajadas desde temprano por los influjos externos del método de educación pervertido de una escuela teológica-clerical o estatal-militarista, ven en las condiciones circundantes un orden universal creado por Dios y que no puede ser cambiado. Además existen los diversos narcóticos que el Estado pone a disposición de los súbditos: prostitución, tabaco, alcohol, juegos de azar, toda clase de golosinas para el paladar así como las diversiones brutales y las embrutecedoras sociabilidades. Esto basta para ocupar los escasos ojos de los hombres adocenados, y ejercen a menudo en las mejores naturalezas un irresistible influjo del cual no siempre pueden librarse; y como la mayor parte del tiempo de la vida humana es llenado por la esforzada lucha por la existencia, no queda tiempo a la mayoría de los hombres para dirigir una mirada a su alrededor y pensar en la imperfección y en la injusticia de las instituciones sociales.

Por eso vemos que la gran masa de la población de cada país vive sin pensar y que el Estado puede emplearla para todos sus fines; y nosotros debemos por consiguiente ver en ella el verdadero núcleo y la más profunda posibilidad de existencia de los elementos conservadores, como igualmente la existencia del Estado con todos sus órganos en la sociedad.

Hay, por tanto, únicamente dos fuerzas realmente activas en la sociedad que determinan su existencia, su retroceso o su progreso. La primera — conservadora — la constituyen las personalidades conscientes de la minoría dominante, que tiene el poder en sus manos y se apoya sobre las antes mencionadas grandes e indiferentes masas del pueblo, a las que hace concesiones irrisorias y canta lisonjas y en cuya credulidad e ignorancia frente a la autoridad dominante halla el más poderoso sostén. Gracias a eso puede, por ejemplo, declarar guerras, ejecutar actos de violencia contra aquellos que le son desagradables, doblegar la justicia y la ley a sus caprichos, y hacer todo esto con tal habilidad que las grandes masas del pueblo no se dan cuenta de la verdad o se imaginan que todo es realizado en su propio interés.

La segunda fuerza en la sociedad es la revolucionaria, es decir, la fuerza exploradora compuesta de las personalidades que son enemigas de la actual situación social. Forma también una minoría y, primeramente y por mucho tiempo, una minoría mucho más pequeña que la dominante. Así como es sostenida la minoría dominante, así llega a ser la minoría revolucionaria combatida por las grandes masas de los indiferentes, escarceada y, principalmente en sus luchadores más destacados, oprimida todo lo posible. Sólo proporcionalmente pocos ele-

mentos de la mayoría del otro grupo minoritario son separados de ella por el reconocimiento de la justicia del punto de vista de los enemigos del orden vigente, pero nunca son tantos que puedan llegar a ser peligrosos para la existencia de la "mayoría compacta". De esto cuida bien la violencia de la minoría imperante apoyada por su mayoría.

Vemos por consiguiente que la verdadera lucha por el desenvolvimiento entre las fuerzas del progreso y las de la reacción en el interior de la sociedad, se libra entre dos minorías. Como son minorías únicamente las fuerzas activas que determinan todo cambio en el cuerpo social.

De este estado de cosas nace aquella oposición que existe desde que existe el pensamiento humano entre el individuo y la sociedad, o mejor dicho, entre el individuo y la multitud. Siempre son primeramente los individuos aislados y destacados, los que rompen con los caminos trillados por la sociedad y abren sus propios derroteros. Naturalmente, son combatidos por los guardianes de lo viejo, por lo dominadores; por la minoría imperante. Estos se sirven para sus luchas de la gran mayoría inconsciente, frecuentemente sólo de algunos órganos de la misma, pero que bastan para oprimir el más largo tiempo posible a los precursores del progreso y de la evolución.

Felizmente se logra esto únicamente hasta cierto grado. Lo que primeramente alborrea para unos pocos como el más elevado conocimiento, se convierte en ideal de muchos, y la verdad gana poco a poco más adherentes, hasta que esta llega a formar una agrupación minoritaria lo suficiente fuerte como para tener que contar con ella. Pero hasta que llega a tal punto, la minoría es oprimida y sometida con todo rigor.

En el terreno económico las cosas no pasan de otro modo que en los otros dominios. La minoría imperante representa sus propios intereses egoístas. Pero los representa en nombre y en beneficio de la sociedad. Su monopolización de los medios de vida es posible únicamente porque las masas del pueblo presumen que esa monopolización es conveniente también para ellas, que también ellas pueden llegar a ser monopolizadoras. Pero constituyen una parte mínima en comparación con la enorme multitud económicamente dependiente, oprimida, que debe mendigar a un amo el derecho a vegetar simplemente. Una real ventaja en la relación entre poseedores y desposeídos la obtiene sólo una minoría dominante de unos diez mil, frente a los millones de las pobres masas del pueblo, que están en la más peligrosa inseguridad de vida.

Así se descubre una doble contradicción en la sociedad humana. Tanto los individuos de la minoría dominadora, como los de la dominada están en real conflicto con los intereses de la sociedad. Los de la primera son los ladrones y los parásitos de la sociedad, los últimos son los que se oponen a la forma actual de ésta; indudablemente, los individuos de la categoría dominante tienen una gran ventaja frente a la minoría dominada: son sostenidos por la sociedad misma que, por medio de sus grandes masas populares se vuelve contra los poderes enemigos, contra los perturbadores y agitadores, contra los desesperados e insubordinados, lo cual hace que los individuos de la minoría dominante sean mayoría en la sociedad.

Considerado el cuadro de la sociedad desde un punto de vista más elevado, es indudable que en toda organización de una comunidad en que un individuo está en completa posesión de todas las ventajas colectivas frente a otro que está completamente desprovisto de ellas y en-

tregado a sus solas fue as de engendrarse una oposición entre el individuo y la comunidad de la que ésta únicamente por la violencia puede salvarse. Si no amplexara tal violencia, entonces la sociedad, elevada sobre la desigualdad en las exigencias sociales de la vida, se hundiría verdaderamente en el caos y en la más confusa lucha de todos contra todos. Una sociedad fundada en la desigualdad puede sólo por medio de la fuerza establecer el orden y el concierto, y Hobbes tenía por eso completa razón cuando vió en la violencia del Estado una barrera contra la salvaje y brutal lucha de exterminio de las comunidades humanas, que es el caso actualmente.

Solamente en uno consistió su error y este error fué fundamental en él; y ha permanecido hasta hoy en la mayor parte de los sociólogos. Vió o supuso ver que el juego libre de las fuerzas humanas y de las pasiones lleva a aquella caótica lucha de todos contra todos, y por eso la sociedad necesita el Estado para salvarse del individuo. Esto es falso y le cuesta mucho probarlo. Es, al contrario, un hecho bien fundamentado que la sociedad no crea aquellos grupos minoritarios y las oposiciones individuales frente a la comunidad, sino que son creados por la desigualdad económica y social en el derecho a la vida, y esa desigualdad es la que pone al individuo en conflicto con la sociedad o la comunidad.

Suprimase la penuria económica del individuo, originada por la inflexible situación económica de la sociedad, a causa de sus monopolios, y se habrá suprimido la más poderosa de las razones del conflicto entre el individuo y la comunidad.

Hoy la sociedad se preocupa muy insuficientemente del individuo. Pero esto comprende que todo lo que es y significa la sociedad lo debe agradecer al individuo; lo que le devuelve y recompensa es una gratificación muy pobre y miserable, pues lo que debía ser el supremo objetivo de la sociedad, la elevada aseguración de la existencia del individuo, no se lo ofrece. No exajero al decir que el fin de las relaciones sociales de los individuos, a los que debe la sociedad su existencia, en el más vasto estímulo de los intereses individuales de cada uno, no es garantizado por la sociedad. Hablando claramente, la sociedad existe hoy para la explotación recíproca de los individuos, y su ordenación para este fin exige el empleo de la más dura violencia por los detentadores del poder; esto es comprensible. Pero esto no es culpa de la sociedad si no de aquellas circunstancias que malogran en ella sus fines solidarios.

Una completa supresión, de este aparentemente insoluble conflicto entre el individuo y la sociedad, es sólo garantizada en una comunidad comunista anarquista. Esta no ignora que el individuo y la individualidad, únicamente en la sociedad pueden desarrollarse, pues la sociedad es el más indispensable fundamento de toda vida individual. Pero también es el contrario el caso: ninguna sociedad existe sin asociación individual, la cual sólo puede establecerse bajo el influjo de las exigencias individuales. Estas son impulsadas por el comunismo anárquico al terreno esencial de la vida material humana, al terreno de la propia conservación económica.

Una sociedad comunista anarquista se descompone en individuos, los cuales no determinan ya sus relaciones recíprocas desde el punto de vista de una minoría dominante y de una minoría en lucha con ella, bajo la cooperación o la resignación de las grandes masas del pueblo, sino desde el punto de vista más esclarecido de que el hombre, sólo por la sociedad es capaz de una múltiple división del trabajo, y de que el conjunto de los productos elaborados por todos ofrece así a cada uno más elevadas posibilidades de vida. Por otra parte, la sociedad comunista crea la garantía colectiva del desarrollo de la esencia individual. Sobre la base de tal reciprocidad, se asegura la convicción de que todo progreso alcanzado por el individuo, favorece el desarrollo del nivel de la comunidad

y de cada uno, en forma de mayor posibilidad de vida, de tiempo libre y de medios de alimentación.

En la sociedad comunista anarquista no existe oposición entre el individuo y la sociedad. Esta es la infinitamente variada forma de asociación de las necesidades de aquél. Tal forma será mantenida, disuelta y nuevamente creada en las más diversas evoluciones por la relación recíproca de todos los miembros

de la comunidad, en la que solamente el bien de cada uno dará la medida del bien de todos.

Por tanto, únicamente el comunismo anárquico resuelve el conflicto entre el bienestar de todos y el del individuo, porque representa la forma de economía de la sociedad en que el bienestar de cada uno es garantizado por la riqueza colectiva.

CUADROS DE LA GRAN CIUDAD



La lucha por la existencia

(Dibujo de ZILLE)

El nauseabundo Don Juan

El infame "Tenorio" ha vuelto, en estos Todos los Santos opacos, a hacer su aparición en nuestros escenarios y en nuestra vida.

El deshonrado seductor zorrillesco es el muerto, que nunca muere definitivamente; es el fantasma alucinante, que todos los años reaparece y resucita, ensabanado y amortajado en sus vestigios de gloria y de escándalo.

Cuando lo creemos ocho varas bajo tierra, en franco podreimiento y convertido en superfosfatos, sal potásica y otros granos o abonos, sale de entre bastidores con su espadón de matasiete, su rozagante chambergó, sus mostachos agresivos y su detonante fanfarria.

Siento que el capitán de asesinos, que ha estado canibalizando en Barcelona durante dos años, no haya enganchado a ese terrorista del amor por los gregüestos y le haya aplica-

do la ley de fuga sin miramiento alguno.

Porque ese sí que es un pistolero peligroso, sin más moral e ideal y praxis de vida que ponerse al mundo por bonete y hacer lo que le salga "ex inguive".

Este año, bravucón empedernido podría ir a jugarse la vida al tercio de Millán Astray, o a machacar testuces de fascistas, a Italia, o a pelear con los moplas por la independencia india, o en Anatolia con Kemal, o a morir enterrado hasta el cuello en hirviente arena, vivo y de pie en los desiertos de Siria — salve Gourand — o en el fondo de las minas de Kentucky, abrasado por los gases sofocantes que administran a los obreros rebeldes los Patronales y el Ku-Klux-Klan norteamericano.

Pero, Mañana es un perdonavidas prostibulario, sin virilidad y sin dignidad, degenerado y abyecto, bru-

tal y bestial, cobarde y gallina, que no se atreve más que con tímidas novicias y candorosas Ineses de Ulloa.

Cuando allá, para junio o mayo del año anterior, un intelectual batata quiso reivindicar el donjuanismo, ya agotamos el filón del dictorio castellano y cubrimos de oprobio al parricida presidiable, héroe y primera figura de nuestro guñol nacional.

—Apartaos de don Juan y seguid a don Quijote — les decía yo a los jóvenes.

Si esto va para todos — volvamos la espalda al sevillano perverso, al calavera maldito y evitemos la contaminación de su compañía y de su roce.

Don Juan es la perdición, es la inmoralidad desenfundada, el crimen suelto. Es la mentira, la superstición, la opresión del débil, el egoísmo feroz. Es la quinta esencia del mal. Es el aventurero fanfarrón, pendengiero, camorrista, lupanario, soldadesco. Es el señorito andalúz, el "niño bien", el deportista holgazán, el estudiante vacador, el hijo de burgueses, juerguista, borracho, mujeriego, dilapidador, parásito. Es la incultura, el matonismo, la chulería personificados.

El conferenciante de la Residencia de Estudiantes, el intelectual legumbre a que antes he aludido, afirmaba que el satánico sevillano es un soñador y representa, como don Quijote, el ideal insatisfecho, el ideal burlado.

¡Peregrina teoría!

Don Juan Tenorio es un burlado al modo del ladrón que, al robar un reloj de oro, se encuentra con que es un soñador y representa, como don Quijote, el ideal insatisfecho, el ideal burlado.

Y ni eso. Porque, para lo que busca en las mujeres el conquistador fementido, halla en ellas demasiada felicidad. Al materialista grosero, al poseedor brutal que es don Juan, le dan ellas una medida de ilusión y de amor que él no merece.

A la mujer sedúela, gózala y tírala, dice el gran canalla, como algunos personajes de Vargas Vila, miénte amor y prométele la osa, deshónrala, profánala entre tus garras, envilecela, dégradala, hazla objeto de apuestas, máchala con tu vómito y tus bravatas de beodo y pregona luego en los garitos su deshonor con tu desaffo y tus escándalos.

Tal es el tipo, el rico tipo, que los maestros de la actual generación ofrecen al bello sexo como ideal de su corazón y de su amor, y que nos muestran a los hombres como joven de varonil gallardía y espejo de caballeros.

No niego que habrá villanos que enviarán al audaz y procaz seductor, y desgraciadas que sueñan con ser raptadas, violadas y arrojadas al arroyo por algún corrido.

Peró la mayor parte de los nacidos de uno y otro sexo no nos acordamos de don Juan más que para escupirle. Y aún nos duele el esputo con que purificamos, dignificamos y lavamos su cara bellaca.

ANGEL SAMBLANCAT
Madrid

PAGINA DE ARTE

EL ARTE

CONVERSACIONES DE RODIN

VII

La belleza de la mujer

La belleza de la verdadera juventud en la mujer dura poco. La verdadera juventud, la de la pubertad original, en la cual el cuerpo, lleno de savia nueva, se manifiesta en una esbelta fiereza y parece a un tiempo tener y llamar al amor, ese momento dura apenas algunos meses.

Sin hablar de las deformaciones de la maternidad, la fatiga del deseo y la fiebre de la pasión relajan rápidamente los tejidos y las líneas.

Cuando la niña se transforma en mujer, es otra clase de belleza, admirable pero menos pura.



HOLBEIN — El Labrador.
(De los "Simulacros de la muerte")

Se suele creer que la belleza de las mujeres que posaban ante Fidias, era superior a la belleza de las mujeres actuales. Es un error. La perfección de las mujeres griegas proviene de que los artistas de entonces tenían ojos para verla, mientras que los de hoy son ciegos. Las mujeres griegas eran bellas, pero su belleza residía sobre todo, en la mente de los escultores que las representaban.

Actualmente hay mujeres parecidas. Son principalmente las europeas del sur. Las italianas modernas por ejemplo, pertenecen al mismo tipo mediterráneo que los modelos de Fidias. Ese tipo tiene como carácter esencial la igualdad del ancho de los hombros y de las caderas.

Las invasiones de los bárbaros no han alterado el tipo de belleza antigua. En la unión de lo bello y de lo feo, siempre termina por triunfar la belleza. La naturaleza, por una ley divina va constantemente hacia lo mejor, tiende sin cesar hacia lo perfecto.

Al lado del tipo mediterráneo, existe además un tipo septentrional al cual pertenecen muchas francesas, y las mujeres de las razas germánicas y eslavas.

En este tipo, las caderas están muy desarrolladas y los hombros son más estrechos: es la estructura que se observa

en las ninfas de Jean Goujon, en las venas del Juicio de París, que ha pintado Watteau y en la Diana de Houdon.

Además, el pecho está generalmente inclinado hacia adelante, mientras que en el tipo antiguo y mediterráneo, el tórax al contrario, se hiergue.

En verdad, todos los tipos humanos, todas las razas, tienen su belleza. Basta descubrirla.

Yo he dibujado con un placer infinito las pequeñas bailarinas cambodgianas que estuvieron nace poco en París. Los gestos menudos de sus gráciles miembros eran de una seducción extraña y maravillosa.

He hecho también estudios de la actriz japonesa Hanako. No tiene ni un poco de grasa. Sus músculos son recortados y salientes como los de esos pequeños perros que se llaman fox-terrier: sus tendones son tan fuertes, que las articulaciones a las cuales se unen tienen un grosor igual a la de los miembros mismos. Es tan robusta que puede permanecer mucho tiempo sobre una sola pierna levantando la otra en ángulo recto. Parece así, arraigada en el suelo como un árbol. Tiene por lo tanto una anatomía distinta a la de la europea, pero sin embargo muy bella también, con su singular poder.

En resumen, la belleza existe en todas partes. No es ella la que falta a nuestros ojos, sino nuestros ojos los que no saben percibirla.

La belleza es el carácter y la expresión. Y bien, no hay nada en la naturaleza



HOLBEIN — La Abadesa.
(De los "Simulacros de la muerte")

que tenga más carácter que el cuerpo humano. Evoca con su fuerza o con su gracia, las imágenes más variadas. Hay momentos en que parece una flor. La flexión del torso imita el pedúnculo, la sonrisa de los senos, de la cabeza y el brillo de la cabellera la magnificencia de la corola. Por momentos recuerda una grácil liana o un arbusto de tallo fino y elegante. — *Venióte* — dice Ulises a Nausicaa — *creo estar viendo una palmera*

que, en Delos, cerca del altar de Apolo, se lanza con fuerza de la tierra hacia el cielo.

Otras veces el cuerpo humano, curvado hacia atrás, es como un resorte, como un bello arco sobre el cual Eros ajusta sus flechas invisibles.

El cuerpo humano es sobre todo el espejo del alma, y de esto proviene su mayor belleza. Lo que admiramos sobre to-



HOLBEIN — La Duquesa.
(De los "Simulacros de la muerte")

do en el cuerpo humano, es, mucho más que su forma tan bella, la llama interior que parece iluminarlo por transparencia.

(c)

HANS HOLBEIN

Holbein pertenece a la categoría de artistas que, apropiándose las conquistas de sus predecesores y contemporáneos, componen, con sus propias virtudes y las ajenas, una liga preciosa en la cual domina la originalidad de su genio.

Nuestra época saluda unánimemente en Holbein a uno de los héroes del arte de todos los tiempos y a una de las más altas cimas del arte alemán. La miserable manía de clasificación jerárquica, favorecida en este caso por la proximidad de dos de los hombres en el espacio y en el tiempo, ha pretendido oponer en competencia a Durer y a Holbein, dividiendo a la opinión en partidos. ¡Ridícula querrela! Cómo si pudiesen oponerse la emoción, la imaginación y el pensamiento profundo del primero en la claridad, la alegría y la elegancia de Holbein, es decir, temperamentos distintos que pueden admitir cuando más un paralelo como supremas expresiones de una raza y hasta, por la fuerza del genio, de toda una época.

El arte de Holbein pone en evidencia muchas influencias, de orden artístico y moral, nacionales y extranjeras. Esta complejidad de origen es uno de los atractivos de su genio. Como él ha dominado a todos sus modelos, su obra posee el valor de una síntesis de esfuerzos de todo un grupo de artistas, las aspiraciones de todo un pueblo, y hasta las conquistas de varias y diversas civilizaciones. Su arte se deriva del arte suabo, alemán, flamenco e italiano. Pero él no se dejó arrastrar ni por el formidable poder de Durer,

26 años mayor que él, ni por el arte absorbente de Italia. Supo enriquecerse y permanecer él. Holbein. El y Durer son las manifestaciones más altas del renacimiento en el norte.

En la obra de Holbein parece primar el dibujante sobre el pintor, y efectivamente, en el conjunto de su carrera ha manejado más el lápiz que el pincel. Hasta cuando tenía que pintar, comenzaba por establecer primero, no solamente sumarios croquis, sino más bien fragmentos concluidos y bastándose a sí mismo, en tal forma que, a juicio de la posteridad, algunos dibujos igualan en valor a los cuadros de los cuales preparaban la ejecución.

En general, el dibujo de Holbein tiene como carácter esencial la franqueza nerviosa, la sutileza incisiva del rayo. A tal punto que, ciertas siluetas, la del obispo Fischer, por ejemplo, o la de Erasmo de un medallón, muerden, como quien dice, en nuestra retina, grabando en nuestra memoria líneas indelebles. Sin embargo, su incomparable maestría se pliega a todas las exigencias. Dócil y seguro, su lápiz a veces acaricia el papel con trazos finos como cabellos, otras los marca con una fuerte y masculina impresión. Su pluma es estupenda de delicadeza y virtuosismo que evita siempre con maestría la sequedad y la dureza.

Vallándose solamente de una línea más o menos gruesa, expresa todo: el relieve, el modelado, la fisonomía de una figura y hasta el movimiento de las muche-



HOLBEIN — El Mercachifre.
(De los "Simulacros de la muerte")

dumbres, como en Salomón y en el Concierto de los esqueletos, o en el extraordinario desfile de los israelitas cruzando el mar Rojo. Pero donde su trabajo es maravilloso es en los paisajes. Véase el *Simulacro del arador*. Hay a multitud de infinitas con una multitud de planos, tan claramente distintos como caracterizados; se ven hasta pequeñas nubes y ligeros vapores convirtiéndose sobre la cresta de lejanas montañas, y las irradiaciones del sol entrante o saliente. Todo conseguido por el ir y venir de una pluma alerta, cuya sabia orientación y la variable insistencia, bastan para modelar los accidentes del terreno y graduar la escala de las distancias.

Si bien parte de la fama de Holbein se cimenta en los *Simulacros de la muerte* y

otros grabados en madera, no hay que olvidar que él no fué realmente el grabador material sino el dibujante. Sin duda, Holbein era hombre para apropiarse su dibujo a las exigencias del oficio xilográfico, pero con todo, es justicia asociar al nombre del inventor del extraordinario obrero que supo hacer suyas las intenciones sutiles del artista, en los *Simulacros de la muerte*, sobre todo, que es la serie más célebre de sus grabados. Se llamaba Hans Lutzelburger.

En esta serie de los *Simulacros* aparecen sus preocupaciones sociales y una inspiración democrática. No olvidemos que Holbein, nacido en 1497, vive en plena Reforma religiosa, a la cual contribuye con su lápiz aunque no con mucho celo. En muchos *Simulacros* Holbein toma decididamente partido por los pobres; los muestra despojados y desdenados en provecho de los grandes; por el *Juez* que en presencia de un pobre estupefacto, tiende la mano al rico; por el *Procurador*, que sin piedad por la desesperación de un miserable, vende al mejor postor su saber jurídico; por el *Consejo Municipal* que, absorbido por la conversación de un patricio, no presta la más mínima atención a las humildes súplicas de un proletariado miserable. Aquí la sátira humana se complica con una caricatura de actualidad, que aumenta su interés. En ella se hace alusión a un movimiento social que en 1524 y sobre todo en 1525 revolucionó el sur de Alemania. Los cantones suizos escaparon a la temible insurrección (llamada *Jaquerie*) que puso a sangre y fuego a la Suabia y la Alsacia vecinas. Sin embargo, en 3 de mayo de 1525, los campesinos del territorio de Bale marcharon contra la ciudad, donde por otra parte el pueblo estaba también en efervescencia, y arrancaron al Concejo concesiones importantes.

Holbein no hesitó en celebrar la revancha de los miserables. Véase como la muerte se presenta bajo la imagen de un rústico andrajoso para asaltar al noble donde empenachado; y cómo, para abatir al orgulloso caballero, ha elegido el traje suizo, roto y degradado de un soldado; también para herir a la noble abadesa ha tomado los hábitos serviles de una humilde hermana conversa y para arrastrar a la reina, las apariencias de un bufón.

No le basta que el pueblo haya triunfado: es preciso humillar cruelmente a su adversario! El caballero se ha dejado desarmar y es con su propia lanza que la muerte lo traspasa... por detrás.

En fin, en el nombre de las víctimas a las cuales la muerte les perdona el sarcasmo, está el labrador. ¡Al fin y al cabo, apurar la yunta de su arado, no es prestarle el servicio de hacerlo llegar cuanto antes al término de su surco de miserias?

Hablando de Vallotton hemos dicho que los *Simulacros de la muerte* figuran entre las más típicas obras maestras del grabado en madera. Nos place, pues, reproducir algunas, dándole preferencia a las obras pintadas, de las cuales hablaremos con mayor detenimiento en otra ocasión.

Buen colorista, su materia era sólida y luminosa como un esmalte, sus armonías sonoras; la iluminación generalmente igual y dulce de una luz difusa, sin vivacidades que eclipsan al sol o ensombrecimientos que provocan su sacrificio en gran parte de la obra. Amaba los colores intensos y sin la menor envoltura. Retratista insigne, viven sus persona-

Amateurs, Mecenass y Cía.

Cuenta Vollard, en su *Renoir*, que al lado de los amateurs que aman verdaderamente los cuadros y las obras de arte que compran, existe una especie de coleccionistas que, a pesar de su invencible indiferencia, y hasta disgusto por las artes, tienen colecciones como otros tienen caballos de carreras, toros finos o perros de raza. A esta clase pertenece un tal Chauchard que en su lecho de muerte se hizo traer el cuadro... que más le había costado. Era millonario este señor. Aquí mismo, cuentan que Pellerano, uno de los coleccionistas más fuertes que tenemos, ante la admiración del visitante repite con fruición el precio de compra, el precio actual y las ofertas obtenidas. Un goce, como se ve, profundamente estético.

Pero sigamos con lo que nos dice Vollard, *marchand* conocidísimo de París y que los conoce a fondo.

Según él, el gran Camondo, famoso coleccionista, entendía muy poco de arte y compraba las obras bostezando, para completar su colección. Hoy esa colección, interesantísima, está en el Louvre y lleva, naturalmente, el nombre del donante. Vollard, que es lo que nosotros llamamos un verdadero alacrán, con mucho espíritu, se divierte malignamente en recordar escenas y conversaciones que ponen en ridículo a esos conocedores con dinero. Véase una prueba en lo que sigue. Es del "Renoir".

"M. de Camondo me quería decididamente bien. Un día llega a mi negocio con M. B., un cliente serio. Los dos coleccionistas se encontraron con otros colegas el rey Milán de Serbia, un eclesiástico (iba de Bourguen, el más académico de los académicos, hasta Van Gogh, el más revolucionario de los impresionistas), y D. Sarlin, un *amateur especializado* en la pintura del 1830 (los 1830 de primera clase). Se habían dicho erróneamente que yo tenía un Daubigny: "avec canards".

Camondo — (a Sarlin). Se hablaba en el club de vuestra última compra: un Corot... ¿Con agua, naturalmente? Sarlin — (con disgusto) No, un Corot sin agua...

Camondo y M. B. — (a una) ¿Un Corot sin agua? Sarlin — Sin agua, es cierto, pero de una tonalidad...

Yo — El color hace tolerar muchas cosas. Camondo. — Hay que cuidarse con el color... Puesto un pie dentro no se sabe donde se irá a parar...

El rey Milán miraba con interés un anteojito en bandolera que llevaba M. B. — ¿Va Vd. a las carreras? se informa Su Magestad... — Estos anteojos me sirven para examinar los cuadros que me proponen!

jes una vida de intensidad penetrante. Famoso es su *Erasmo*.

Con todo, el nombre de Holbein está indisolublemente unido a la historia de la ilustración del libro y del grabado sobre madera. Su gloria no tiene una base más firme que las pinturas que ha desarrollado a montones durante su larga carrera, y que pueden haber sido igualadas pero no superadas todavía.

Fue también decorador de riquísima y elegante imaginación. Murió en Londres, en 1543, joven aún.

Ante esta explicación el rey Milán se quedó mudo.

— Veá, continuó M. B. Mirando la tela con la parte ancha del anteojito, veo mejor el dibujo, por el empujamiento del objeto... Yo no compro con las orejas... Es necesario pensar siempre en la venta.

— ¿Piensa Vd. vender? pregunta Camondo.

— Depende del casamiento que hará mi hija algún día. No porque no tengamos con qué dotarla, así case con un duque, un príncipe y hasta con un hijo de rey... (aquí una ligera mueca se dibuja en la plácida figura del rey Milán) Pezo en este último caso mis Renoir, mis Messonier, mis Cézanne, mis Besnard, mis Rembrandt, no me servirían más para nada... Vd. comprende que con un yerno rey, no tendré necesidad de una galería de cuadros para atraer a la sociedad a mis salones!

Con curiosidad que no dejó de sorprenderme, después de la mueca que acababa de observar, el rey Milán preguntó discretamente por la edad de la hija.

¡Ah! dijo M. B., la pequeña mamá todavía! Vd. ve que tengo, para coleccionar un buen rato todavía!

Y para terminar el retrato de un vizconde, en cuatro trazos maestros.

Vollard — Pero... ¿cómo dice, disgustarle Cézanne? Recuerdo que en la exposición Durel de hace 10 años, Vd. compró un Cézanne.

El vizconde. — No fui yo, fué la vizcondesa.

Vollard. — Pero Vd., señor Vizconde, ¿cómo encuentra esa tela de Cézanne? El vizconde. — Yo no la he visto; la vizcondesa la tiene en su dormitorio!

Por lo general, el comprador de cuadros no gusta ni sabe nada de arte. Compra con vanidad o por negocio, juega a la suba y a la baja con las firmas, come con los cereales.

Y para terminar el retrato de un vizautor, espera impaciente su muerte... para que se valoricen sus obras.

Otros compran "antiguo", es decir, cuadros agriñados y tan negros que es imposible ver nada en ellos. Cuando no, una de los centenares de copias de una virgen de Rafael...

Me embaraza desarrollar una estética cualquiera, siendo como soy un ser esencialmente instintivo y justamente lo contrario de un complicado. Si me sucede pensar sobre lo que he podido hacer hasta ahora, descubro, no el rebuscamiento, sino la necesidad de la síntesis. Sin caer nunca en lo episódico, las escenas que imagino quedan, sin embargo, probables y humanas... Yo no creo que pueda analizarse un artista como se describe los engranajes de un reloj. El artista es inferrable; dándole una técnica e intenciones fuera de la evidencia, se está casi seguro de engañarse. Su técnica no es otra cosa que su temperamento, y sus intenciones, si es sano de espíritu, revelan simple sentido común, y es ya bastante hermoso. No hay sino mirar el cuadro bien de frente, tranquilamente, nunca por detrás, donde el pintor no ha ocultado nada.

— Tan grande virtud como riesgo es

ser bueno entre los malos.

— Los tiranos son tan malos, que las virtudes son su riesgo. Si prosiguen en la violencia, se despeñan; si se reportan, los despeñan; de tal condición es su iniquidad, que la obstinación los edifica, y la emienda los arruina. Su medicina se cifra en este aforismo: o no empezar a ser tirano, o no acabar de serlo; porque es más ejecutivo el desprecio que el temor.

— Nada se ha de mostrar menos que lo que se desea más. La hipocresía exterior, siendo pecado en la moral, es grande virtud política. Llámola el viento de que se sustenta el camaleón.

— Ninguna acción a que atienden muchos, la aprueban todos; porque donde asisten malos y buenos no es posible la concordia y es forzosa la diferencia. Es violenta siempre la victoria, porque la dá la mayor parte; vence el número y no la razón. Este riesgo tienen las juntas populares, que las convoca el primer grito y las arrebatada cualquiera demostración. En ellas tiene más parte el que se adelanta que el que se justifica.

— Tienen las aguas semejanza con el pueblo; las cosas ligeras sustentan, las graves sumergen tumultuosas e inestables. Fáciles de refrenarse aseadas; difíciles cuando corren turbulentas.

— No por un sólo camino todas las líneas van a un mismo punto, y muchas veces están juntas y son contrarias.

— La muerte no puede ser mala ni con dolor, si es verdad que es natural el morir, porque las cosas naturales son buenas. Ya me aviso que al acabar la vida decrepita es dormir o morir menos. Y si acaso entre las peores cosas se cuenta el morir, es sin duda que es una de las mayores el ser muerto.

— Conviene vivir considerado que se ha de morir. La muerte es siempre buena. Parace mala a veces, porque es malo a veces el que muere.

— Las bravatas que en los túmulos sobrescriben podrición y gusanos se podrían excusar; empero también los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia.

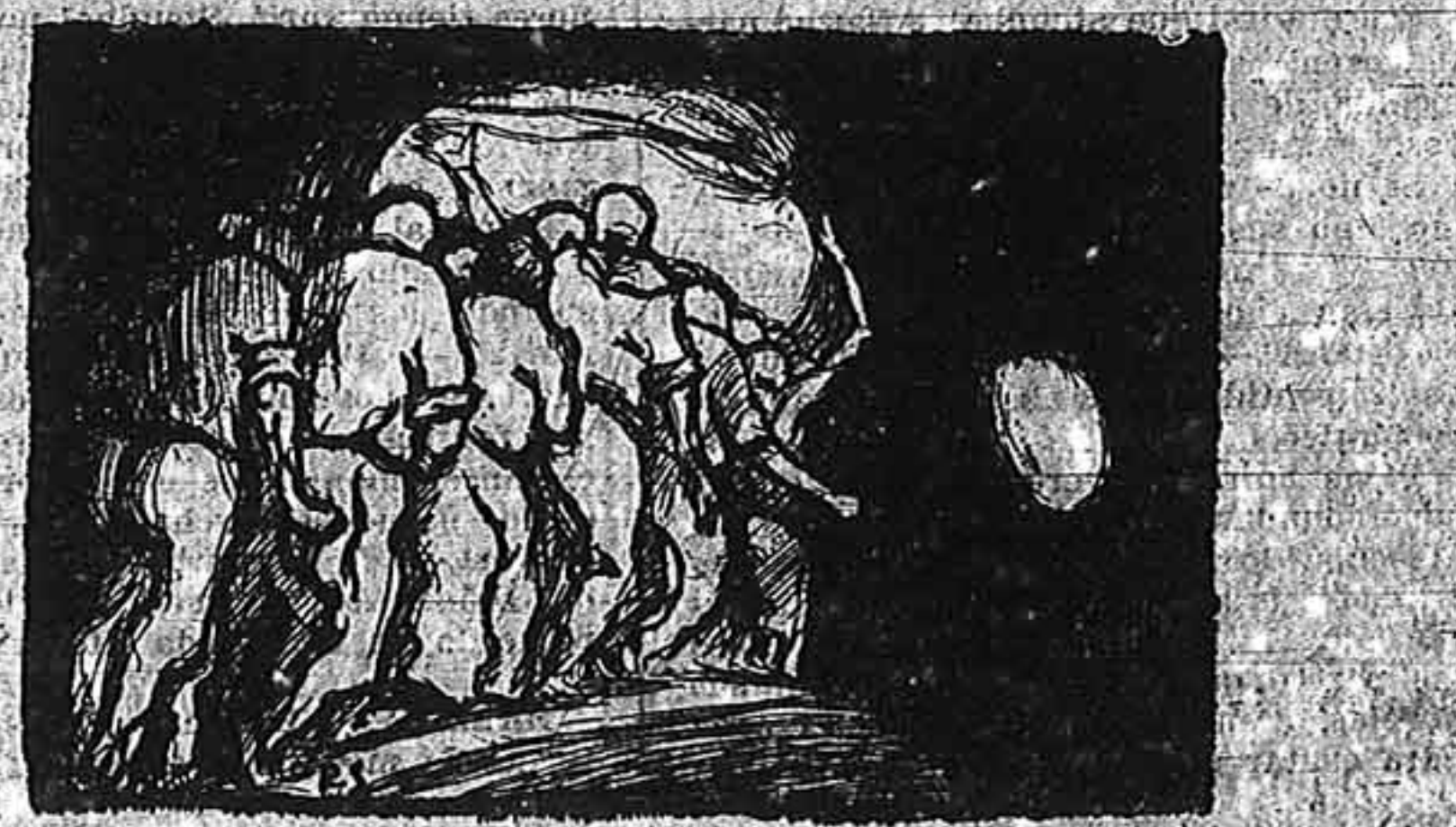
— Para ver un poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, basta ver a quienes se les dan.

— El cadaver no se queda de los gusanos que le comen, porque él los cria; cada uno mire que no se corrompa porque será padre de sus gusanos.

Me embaraza desarrollar una estética cualquiera, siendo como soy un ser esencialmente instintivo y justamente lo contrario de un complicado. Si me sucede pensar sobre lo que he podido hacer hasta ahora, descubro, no el rebuscamiento, sino la necesidad de la síntesis. Sin caer nunca en lo episódico, las escenas que imagino quedan, sin embargo, probables y humanas... Yo no creo que pueda analizarse un artista como se describe los engranajes de un reloj. El artista es inferrable; dándole una técnica e intenciones fuera de la evidencia, se está casi seguro de engañarse. Su técnica no es otra cosa que su temperamento, y sus intenciones, si es sano de espíritu, revelan simple sentido común, y es ya bastante hermoso. No hay sino mirar el cuadro bien de frente, tranquilamente, nunca por detrás, donde el pintor no ha ocultado nada.

— Tan grande virtud como riesgo es

— Tan grande virtud como riesgo es



Puvís de CHAVANNE

Las fuentes de la novela moderna en Francia

STENDHAL — BALZAC — FLAUBERT

La historia de la novela francesa de estos últimos cuarenta años, presenta a los ojos de un observador concienzudo, el más aturridor de los espectáculos. Caos inmenso e hirviente de obras múltiples haciendo danzar sobre ritmos de todas clases las imágenes más diversas.

Para comprender y discernir con justicia, es bueno remontarse a las fuentes vivas de ese diluvio de narraciones. Busquemos, pues, las fuentes.

Parecen innumerables. Posiblemente no es sino una apariencia. Probablemente tomamos por fuentes a algunas banales cosas que salían de una roca artificial. Raros son los escritores que pueden encontrar las fuentes en sí mismos. No creo que los autores de novelas, desde 1870 hasta hoy, hayan tenido, todos, suficiente fuerza general como para pasarse sin antecedentes. Vamos, pues, más allá de la época que los hizo escribir, para buscar a los grandes creadores, cuya impulsión de savia se prolonga hasta la posteridad literaria.

Antes de 1870 tres hombres han escrito obras: Stendhal (de 1831 a 1839; Balzac (de 1840 a 1845); Flaubert (de 1857 a 1870). Estos fueron fuentes. Vamos a ellos para saber lo que nuestros contemporáneos les deben.

Stendhal y Balzac son más o menos de la misma época — época admirable, momento único que conoció los impulsos, las luchas y las eclosiones poéticas de un Vigny y de un Hugo, de un Musset y de un Lamartine. Stendhal y Balzac son de la época romántica.

Es curioso notar las influencias reciprocas de los poetas y prosistas de un mismo tiempo. Generalmente el alma poética predomina e impone su ritmo al cerebro del cuentista. Pero esto sucedió en las épocas en que la prosa fué la menos creadora de imaginaciones, la menos rica de invenciones; fué en las épocas de críticas y de sátiras, de discusiones y de panfletos, como el siglo XVII francés, durante el cual fué preciso esperar a Rousseau, el poeta en prosa Juan Jacobo, ese precursor del romanticismo, para encontrar al fin en nuestra literatura algo más que juegos espirituales, ataque o filosofías materiales.

En los siglos de idealismo, el poeta arrastra siempre al prosista. Plénesse en el siglo XVII. Véase como Bossuet o Labruyere o La Rochefoucauld, cuyos temperamentos y genios fueron tan distintos, se nos aparecen sin embargo como clásicos cuyo ideal literario nos parece hermano menor del de los Corneille, los Racine y los Moliere.

Es notable también que, precisamente esas épocas de gran idealismo poético, ven surgir las personalidades más fuertes y decididamente distintas. ¿Cómo el alma de Corneille difiere de la de Racine y de la de Moliere, y como las cualidades de espíritu de un La Rochefoucauld están en los antipodas de las de un Bossuet! El romanticismo fué una de esas llamadas de alto idealismo, que permite a los grandes genios reconocerse y reunirse con el fin de gozar entre ellos de sus distintas e irreductibles bellezas.

Era natural que Stendhal y Balzac participaran, cada uno a su manera, en la medida de sus temperamentos respectivos.

Si no se considera en el Romanticismo sino sus exageraciones y sus defectos — si no se quiere llamar románticos sino a los que puedan parecernos inportales — es evidente que Stendhal, en ese sentido, no es absolutamente nada romántico.

Tiene horror al verbalismo. Excrea la superabundancia de los detalles; no le reconoca lo pintoresco. Prefiere la sequedad a la abundancia. Es sobrio de expresión. No declama ni lagrimea. Pero me parece que Vigny tampoco. En sus novelas, Stendhal no se pone en escena para contar sus esperanzas o sus des-

peraciones. Pero me parece que tampoco Vigny, en sus poesías, no fué más confidente que el de sus pequeñas miserias sentimentales. Stendhal es un pensador que analiza sin piedad. ¿Y qué otra cosa fué el poeta de *La muerte del doctor*?

El romanticismo no cabe entero en el monólogo de *Hernani* o en las *Noches de Musset*. No es solamente brillantez o lamentación — puede ser también pensamiento: y lo demuestra con Vigny y con Stendhal.

¿En qué el autor de *Rouge y Negro* fué digno de la época romántica?

El heroísmo es, yo creo, la condición absoluta de las grandes épocas literarias. Los clásicos fueron grandes trágicos por que crearon héroes para el teatro: héroes del deber, con Corneille, héroes de la pasión, con Racine. Los románticos fueron grandes poetas porque hicieron nuevamente heroica a una literatura que un siglo de crítica materialista había hecho descender al nivel del más cható periodismo. Heroísmo social con Hugo, heroísmo metafísico con Lamartine, heroísmo pasional con Musset, pero también heroísmo de pensamiento, heroísmo de lucha con Vigny.

No sé si se me comprende bien cuando hablo de heroísmo. En otra parte, me he extendido ampliamente a este respecto. Llamo héroe al que sabe entregarse por entero a su ideal — al que no teme llevar su vida hasta las extremas consecuencias de lo que ama — así fuese la muerte — y lo que ama puede ser también una fé, una mujer, o la vida tal cual es, o la vida tal cual se sueña — o su vida tal cual quisiera hacerese.

Stendhal se une a los románticos por esta concepción del heroísmo, tan singularmente fuerte en sus novelas, que uno de sus personajes — Julio Sorel, de *Rouge y Negro*, tuvo sobre numerosas almas, durante varias generaciones, hasta nuestros días, una influencia tan grande como la de un maestro que hubiese vivido, influencia persuasiva, contagiosa, hipnótica, como nunca ningún apóstol la tuviera durante este siglo.

Stendhal fué, como lo dijera él mismo, un "observador del corazón humano". Pero no perdió su tiempo y su arte para observar tipos mediocres. Usa el análisis, ciertamente, pero ese método no fué para él un instrumento de destrucción. El tenía creados en su espíritu seres bastante fuertemente vivientes para que pudiese sin peligro escrutarlos.

Los héroes de sus novelas eran lo bastante ricos de juicio y de voluntad para que él pudiera pedirles el por qué de sus actos. Julio Sorel se crea, se afirma, se opone, se hiergue más vigoroso a cada nueva pregunta que el autor le hace. Julio Sorel existe hasta más fuertemente que Stendhal. Puede, por lo tanto, soportar las duras pruebas del análisis.

Nuestros novelistas *soi-disant* "psicólogos" de hoy en día, no han comprendido esas condiciones del método analítico en la obra stendhaliana. Los señores Barrés, Bourget, Marcel Prevost, Abel Hermant, se pretenden los discípulos del maestro Stendhal. No son sino falsificadores. De Stendhal no han tomado más que el método, pero olvidaron el alma. Stendhal tenía el alma heroica. Esos señores tienen *sprit*. Stendhal puso el análisis al servicio de la libre eclosión de sus "héroes de energía". Esos señores pusieron los personajes de sus libros al servicio de su propia manía analizadora.

Stendhal ha escrito hará unos setenta y cinco años y sus héroes viven todavía en todos los espíritus — es una fuerza inmortal — ¿Qué quedará de aquí a unos cuarenta años solamente, de los enfermos fantoches del señor Barrés, de los elegantes maníacos del señor Bourget, de los pequeños desahucados del señor Prevost, y de los turbios "fins de race" del señor Abel Hermant? Nada, sino el recuerdo de una moda literaria.

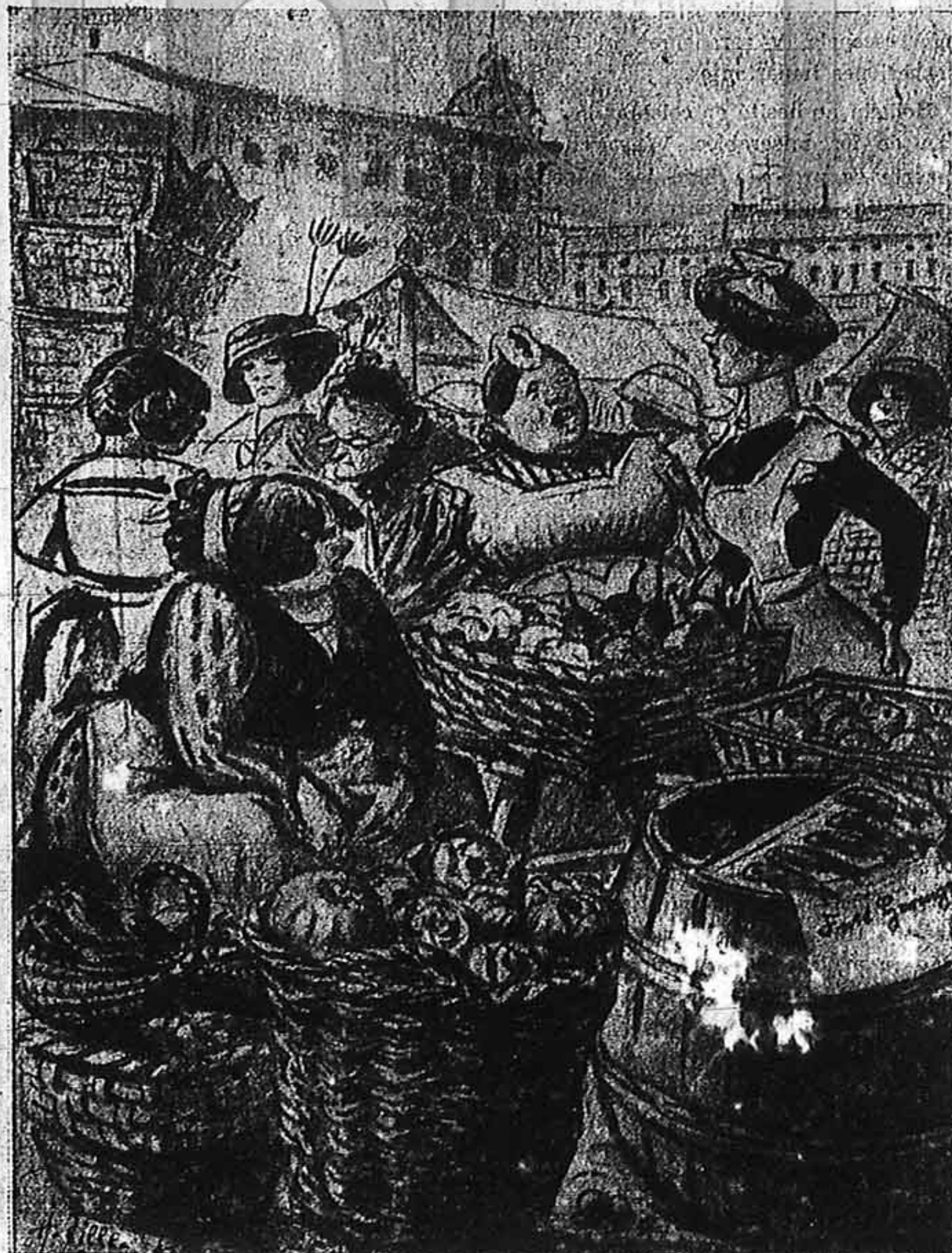
BALZAC — Balzac es otra fuente de la novela moderna, pero una fuente que

brotó como un torrente desbordante, arrastrándolo todo, para imponerse como una fuerza única. Creó que no hay mayor necesidad de demostrar largamente lo que puede ser en él el Romanticismo. Todo es romántico en Balzac, todo se le afirma con el entusiasmo y la fé idealista del autor — pero lo que se afirma también es toda la vida de los hombres, todos sus esfuerzos de dolor y de alegría, todos los aspectos de su actividad en la lucha cotidiana, toda la realidad humana tal como Balzac la vió, la imaginó, la ha vuelto a crear en su cerebro visionario para mostrarnos su herviente espectáculo. Fué todo un mundo del que supo ser creador — un mundo mil veces más viviente que el mundo real, un mundo de vida intensa, donde todas las virtudes y todos los vicios, todas las taras y todas las grandezas de los hombres se encuentran inmortalmente heroicas. Y sin embargo, ese mundo fabuloso es más verdadero que el mundo de las realidades fragmentarias.

¿Ha conocido Vd. jamás tipos más conmovedores en su realidad moral que el padre Séchard? ¿Ha encontrado Vd. jamás seres tan adorables como Eugénia Grandet, como Eva y David Séchard? ¿Ha encontrado Vd. una actividad juvenil tan febrilmente desbordante como la de Luciano de Rubempré? El novelista inglés Oscar Wilde escribía en sus *Intenciones* que nunca había llorado tanto en su vida, como en la muerte de Luciano de Rubempré. Oscar Wilde era demasiado complejo para que lo podamos escuchar. Sus lágrimas no son fáciles efusiones a manera de llanto cotidiano de una midinette ávida de folletín. Sin embargo, yo creo que Balzac pudo hacer a la vez el milagro de conmovier a Oscar Wilde y a la midinette, de unir en la misma simplicidad del llanto, al letrado más refinado y a la más ingenua de las ignorantes lectoras, y ese no es sino uno de los mil y un milagros de la obra balzaciana.

Todo es posible en el mundo de un creador tan formidablemente genial como lo fué Balzac. Es que la vida de que él se ha servido no le fué un modelo, sino una materia que él modeló fuertemente en sus manos decididas, con el fin de hacer surgir de la presión de sus dedos vivos todo un mundo nuevo, siguiendo su propia creación. Páseme un mes leyendo la *Comedia humana*; Vd. se apasionará hasta tal punto que llegará a olvidar la vida real, y no se preocupará más, a la mañana, por conocer las novedades vividas que traen los diarios; Vd. no querrá saber nada de su historia; toda la vida contemporánea le parecerá sin interés, los seres conocidos parecerán sombras o fantoches. La vida, la verdadera vida, Vd. la encontrará, intensa, atormentada, febril, multiformemente activa en las historias del novelista. Seguirá agitado su trágico curso. Vd. vivirá con sus héroes todos los dolores y todas las esperanzas del corazón de los hombres, pero vivirá con las palpaciones de un corazón único en sus odios y en sus amores. Vivirá todas las conquistas y todas las quimeras y todas las desilusiones, y hasta estará presente y sufrirá en las angustias y en los trances de la lucha con la muerte. Y cuando Vd. haya olvidado así todas las heroicas imaginaciones balzacianas, Vd., que durante ese tiempo, ni se ha preocupado de la mediocre vida que le rodea, volverá al combate de esta vida, no con la laxitud de la dura e insulsa realidad, sino con una llama nueva y un coraje joven que habrá adquirido en compañía de ciertos héroes del novelista. Verá el mundo a la vez más bello y más feo, como antes no lo veía, y Vd. querrá accionar y tendrá la fuerza para esa actividad, como si Vd. no hiciera sino seguir con Vd. mismo, en su verdadera vida, la acción interna de las novelas que acaba de leer. Si Balzac es un mágico creador de ilusiones, si es el frenético romántico que acabamos de decir, ¿cómo, entonces,

CUADROS DE LA GRAN CIUDAD



(Dibujo de ZILLE).

El Mercado

puede el realismo contemporáneo reivindicarlo por padre? Hay de todo en la obra de Balzac, pues es todo un mundo. Hay almas selectas y extraordinarios monstruos, como hemos visto. Pero se encuentran también, en contraste y como sirviendo de fondo en tintas de grisales, la multitud de seres mediocres, de tristes existencias vegetativas.

Sin embargo, en una novela de Balzac, ninguna de esas vidas banales y vulgares llega a ser el sujeto principal. Quedan siempre, un detalle que debe servir para comprender mejor la evolución del héroe, las circunstancias de su acervo. Tampoco, jamás, Balzac se detendrá en la descripción del mundo exterior, naturaleza campesina o de ciudad, por una preocupación de describir solamente. Si nos describe un pueblo, una ciudad, una casa, un taller, una fábrica, es porque aquí o allá un héroe del bien o del mal se apasiona, porque de allí extrae su sufrimiento o su alegría y la posibilidad de exaltar su ser hasta el triunfo o hasta el martirio. El mundo objetivo no es para Balzac sino una condición de su sujeto, — y su sujeto puede enriquecerse con los detalles de la realidad, porque es un espíritu idealista el que ha encontrado ese sujeto y elegido esos detalles.

leyendo a los Naturalistas se ve cómo, algunos de esos escritores, al contrario de Balzac, creyéndose sin embargo los herederos del realismo balzaciano, fueron los tristes esclavos de una realidad chata y cómo, los que entre ellos merecen nuestra admiración, son justamente los escritores cuyo espíritu creador intuitivo ha desbordado en fuentes de imaginaciones o en vibrante sensibilidad las barreras sistemáticas del realismo estrecho.

FLAUBERT, el otro gran escritor en el cual vemos nosotros la tercera fuente de la novela moderna, nos servirá para empezar a discernir los primeros estragos de ese prejuicio literario. El caso de Gustavo Flaubert es el más complejo que exista. Para determinar su personalidad emplacémosla en su tiempo y busquemos relaciones. Stendhal y Balzac eran contemporáneos del romanticismo poético y hemos visto como fueron dignos de serlo. No es menos importante el saber que el novelista Flaubert fué contemporáneo del poeta Leconte de Lisle. El ideal de Flaubert y el del autor de los *Poemas Bárbaros* son hermanos. Los dos han sido de la escuela del poeta Tefillo Gautier, — escuela del "arte por el arte" — los dos han tomado el cuidado de la perfección de la forma, el amor de la técnica escrupulosa y sabia. Los dos han pedido a la erudición la materia para su obra. Flaubert quiso objetivar la novela como Leconte de Lisle pretendió objetivar el lirismo. El uno y el otro han querido eliminarse en sus obras con el fin de reproducir impasiblemente los cuadros de la vida.

Aquí se afirma, entonces, el paralelismo entre la evolución de la poesía y la de la novela. La contemporaneidad y la similitud de las ideas de Flaubert y de Leconte de Lisle son notables, pero le daremos mucha más importancia si consideramos que ambos fueron igualmente contemporáneos de Ernesto Renán.

Con Renán (1841-1888) se afirma con seducción y con una clara lógica la búsqueda metódica de lo verdadero. El racionalismo científico encuentra en este escritor a un hábil defensor. Desde entonces todo pasará por la criba del análisis renaniano; todo va a reducirse a un determinismo experimental.

Por otra parte, Renán no hacía sino vulgarizar con distinción, en el mundo de las letras, los principios y los métodos que se afirmaban ya hacia rato entre los escritores de ese siglo XIX en plena madurez.

Después del positivismo de Augusto Comte y los psicólogos experimentales de Inglaterra, después de Stuart Mill, Bain y Spéncer, fueron los psico-fisiólogos alemanes los que estuvieron en boga. Todo esto venía, por otra parte, después de los grandes descubrimientos científicos en el dominio de la mecánica y de la química y de sus aplicaciones fisiológicas. Los hombres fueron destimbrados

dos y creyeron que todo debía subordinarse a los métodos de la ciencia hasta entonces experimentada, es decir, de la sola ciencia de los cuerpos, todo, hasta su mismo vida interior, y en consecuencia, su arte y su literatura, no dándose cuenta que el libre juego de su fantasía, de su sensibilidad o de su imaginación pasional contribuía mucho mejor a constituir la documentación necesaria para fundamentar una psicología. Los naturalistas quisieron acentuar esa preocupación de exactitud y de objetividad en el arte, pero, por fortuna, eso no bastó par ahogar el genio creador de algunos entre ellos.

Stendhal, Balzac, Flaubert, tales son las tres poderosas fuentes francesas de la novela moderna. Pero las hubo también del extranjero. Hemos indicado algunas provenientes de Inglaterra y de Alemania, pero eran fuentes envenenadas por el fatal microbio del análisis experimental.

Las hubo también fecundas. Hubo por de pronto el adorable narrador Dickens, que fué una fuente de fina emotividad, de ternura y de poética visión. Dickens, que enseñó a nuestro Daudet a conocerse para narrarse a su turno. Hubo también los rusos:



Turguenev y Dostoyewski y sobre todo Tolstoy, y, en fin, Gorki, cuyas almas luminosas fueron, para un gran número de escritores franceses, faros de amor hacia un ideal nuevo. Hubo también la activa canción de soledad del grande y amargo Nietzsche, cuyo individualismo inquebrantable guía a algunos de nuestros escritores por vías menos populares. Y hubo también un Oscar Wilde, cuya imaginación estética dora el fin del siglo XIX con un rayo de inolvidable leyenda.

Tales son, buenas o malas, las principales fuentes intelectuales o morales de la novela francesa moderna. Pero el cerebro o el corazón no guían solos las plumas de los escritores. Es preciso contar también con la vida social, — y hasta con la vida política. Seguramente estas no son las más puras de las fuentes, pero, a veces, ellas son las más poderosas, las que se desarrollan en torrentes, y creando ríos, transportan en sus aguas infinitas producciones, — las obras que el momento impone, que la Muchedumbre aclama y que roban la gloria a las grandes obras de Belleza — hasta el día de la Posteridad, donde se anulan y desaparecen con las Sociedades y las Costumbres que las han engendrado.

Hubo también los rusos: pero que son bellos e inteligentes y ocupan un grado más alto en la escala; sobre las encantadoras montañas de Nilgiris, los *Todaes*, pueblo pastor, polígamo y poliandro, cuya unidad política y social es la aldea; hacia el centro los *Nuits* que llegan a la constitución del clan; después los estados rajpoutes que representan la época guerrera y feudal; encima los Estados musulmanes, y, en fin, el amo europeo civilizado.

Son necesarios tales viajes para comprender bien la progresión maravillosa de las razas, y aferrar en la realidad, en lugar de tener que estudiar en los libros esta ley formidable de la evolución que rige todas las cosas: los dioses, los mundos, los imperios y los hombres.

En Africa y en Oceanía: están aún tribus que, como en la India, están todavía en la edad de la piedra tallada.

Millares de siglos han sido necesarios, sin duda, para pasar de la edad de la piedra tallada, donde el hombre apenas se diferenciaba de los animales, a la edad de la piedra pulida.

Tengamos en cuenta que durante este periodo, el hombre aprendió a hacer fuego, a trabajar la tierra, a construir el primer barco, sin duda un tronco de árbol ahuecado, para atravesar un río.

La edad de piedra pulida llega enseñada. Grandes progresos se han realizado. El hombre construye habitaciones sobre pilones, cultiva la tierra, hace cerámica, doméstica a los animales, teje su vestimenta. Pero aún no ha descubierto los minerales, o por lo menos, no sabe extraer de ellos los metales. En fin, gracias al fuego, llega a fundir el mineral de cobre, mezclando con estaño — es decir, hace el bronce. 3.º Edad del bronce. El hombre fabrica con el bronce sus armas, sus útiles y sus herramientas que necesita. Al principio calcaba sus modelos sobre los objetos de piedra pulida. Poco a poco, rompiendo con la rutina in-

venta nuevas variedades y formas diferentes. En las turbefas y en los sepulcros de la época se encuentran vasos y objetos de bronce. La Grecia antigua y la vieja Roma eran bárbaras todavía y no conocían ni el bronce ni los metales, cuando ya la China y el Egipto estaban en plena civilización y se servían de los metales hacia tiempo.

Hará unos tres mil años que en Europa se conocen los metales, y son probablemente los chinos y los egipcios los que le han transmitido su uso.

Cuando se descubrió América, los mejores estaban en la edad del bronce, construían ciudades y eran civilizados. Ignoraban el hierro.

El hombre, progresando en la metalurgia, descubrió los minerales de hierro y fabricó el hierro.

4.º La edad del hierro. Llegando a la fabricación del hierro, penetramos en el periodo histórico del hombre. Construye ciudades e inventa la escritura; la era de las civilizaciones comienza.

Gracias a los descubrimientos el progreso se acentuó de una manera más rápida; pero desgraciadamente, el absolutismo ignorante de todo el periodo feudal detendrá a la ciencia en su carrera de investigaciones, manteniéndonos por lo tanto tan ignorantes, aún de nuestro planeta y su evolución, que no hemos encontrado todavía la causa de numerosos efectos constatados.

La historia de las primeras civilizaciones ha sido conocida hace apenas un siglo. Hasta se ignoraba que hubiesen existido. Los medios de comunicación eran antes difíciles y además se tenían ideas dogmáticas sobre la formación del hombre y de las sociedades.

Solamente después que los verdaderos historiadores aplicaron a la historia de las sociedades los mismos métodos que sirven a las ciencias experimentales para la investigación de la verdad sobre la evolución de las especies, es que, gracias a sus investigaciones, se sabe que hubo hace mucho tiempo maravillosas civilizaciones.

Pero para llegar a ese resultado fué preciso mucho trabajo. Fué necesario extraer de las profundidades de la tierra, restos de la industria; interrogarlos e interrogar las pirámides, obeliscos y edificios sobre los cuales había caracteres extraños.

Fué Champollión el que descifró los geroglíficos que cubren los templos del antiguo Egipto. Por él puede leerse su historia. Otros pudieron descifrar libros encontrados en ciudades sepultadas, evocando generaciones del pasado, sus artes y sus industrias. Conocemos sus dolores y sus miserias, como sus alegrías y esperanzas. Sabemos de sus religiones y sentimientos, podemos así reconstruir completamente la evolución humana a través de millares de años.

Las leyes naturales, físicas, químicas, matemáticas operan siempre lo mismo, y no se preocupan si obran o no en contra nuestra; es a nosotros a quienes corresponde cuidarnos. Por qué las sociedades no estarían sometidas en su evolución en sus relaciones, a leyes naturales idénticas?

¿Por qué el hombre sería una excepción? El hombre debe cultivarse en su marcha hacia adelante, de someterse en absoluto a esas leyes naturales, que rigen la evolución de las sociedades, a ries-

La Ciencia y el Anarquismo



venta nuevas variedades y formas diferentes.

En las turbefas y en los sepulcros de la época se encuentran vasos y objetos de bronce.

La Grecia antigua y la vieja Roma eran bárbaras todavía y no conocían ni el bronce ni los metales, cuando ya la China y el Egipto estaban en plena civilización y se servían de los metales hacia tiempo.

Hará unos tres mil años que en Europa se conocen los metales, y son probablemente los chinos y los egipcios los que le han transmitido su uso.

Cuando se descubrió América, los mejores estaban en la edad del bronce, construían ciudades y eran civilizados. Ignoraban el hierro.

El hombre, progresando en la metalurgia, descubrió los minerales de hierro y fabricó el hierro.

4.º La edad del hierro. Llegando a la fabricación del hierro, penetramos en el periodo histórico del hombre. Construye ciudades e inventa la escritura; la era de las civilizaciones comienza.

Gracias a los descubrimientos el progreso se acentuó de una manera más rápida; pero desgraciadamente, el absolutismo ignorante de todo el periodo feudal detendrá a la ciencia en su carrera de investigaciones, manteniéndonos por lo tanto tan ignorantes, aún de nuestro planeta y su evolución, que no hemos encontrado todavía la causa de numerosos efectos constatados.

La historia de las primeras civilizaciones ha sido conocida hace apenas un siglo. Hasta se ignoraba que hubiesen existido. Los medios de comunicación eran antes difíciles y además se tenían ideas dogmáticas sobre la formación del hombre y de las sociedades.

Solamente después que los verdaderos historiadores aplicaron a la historia de las sociedades los mismos métodos que sirven a las ciencias experimentales para la investigación de la verdad sobre la evolución de las especies, es que, gracias a sus investigaciones, se sabe que hubo hace mucho tiempo maravillosas civilizaciones.

Pero para llegar a ese resultado fué preciso mucho trabajo. Fué necesario extraer de las profundidades de la tierra, restos de la industria; interrogarlos e interrogar las pirámides, obeliscos y edificios sobre los cuales había caracteres extraños.

Fué Champollión el que descifró los geroglíficos que cubren los templos del antiguo Egipto. Por él puede leerse su historia. Otros pudieron descifrar libros encontrados en ciudades sepultadas, evocando generaciones del pasado, sus artes y sus industrias. Conocemos sus dolores y sus miserias, como sus alegrías y esperanzas. Sabemos de sus religiones y sentimientos, podemos así reconstruir completamente la evolución humana a través de millares de años.

Las leyes naturales, físicas, químicas, matemáticas operan siempre lo mismo, y no se preocupan si obran o no en contra nuestra; es a nosotros a quienes corresponde cuidarnos. Por qué las sociedades no estarían sometidas en su evolución en sus relaciones, a leyes naturales idénticas?

¿Por qué el hombre sería una excepción? El hombre debe cultivarse en su marcha hacia adelante, de someterse en absoluto a esas leyes naturales, que rigen la evolución de las sociedades, a ries-

ge sino, de retardar su progreso y hasta de ir hacia atrás. Tiene que someterse, como la aguja imantada que dirige su punta siempre hacia el norte, porque no puede hacer otra cosa, porque está obligada por fuerzas superiores a su propia fuerza de resistencia, por leyes naturales que nadie ha establecido, pero cuya evidencia podemos constatar.

El feudalismo, la edad media, deberían ser una lección inolvidable. Los dogmas, antinaturales, los mandamientos absurdos de la Iglesia, detuvieron, en Francia particularmente, la continuación de las bellas civilizaciones griegas y latinas durante más de diez siglos.

Hablaremos, en un próximo artículo, de las civilizaciones antiguas, después de las civilizaciones greco-romanas, en seguida trataremos de la historia francesa; Feudalismo, Realeza — Revolución Imperio, República. Veremos las revueltas de los siervos, de los Jacques, la represión; estudiaremos los descubrimientos debidos al genio de los investigadores.

Y terminaremos con el cuadro del estado social actual, con todos sus horrores, contrasentidos y contradicciones.

Demostremos que en lugar de ayu-

dar a la investigación de la verdad, de venir en ayuda de los que tratan de mejorar la suerte de todos, de descubrir las causas de las enfermedades, de interesarse en la higiene pública, el bienestar de cada uno por el esfuerzo de todos, la sociedad y todas las sociedades humanas no se ocupan sino de las obras de los muertos. Los dueños actuales desconocen los derechos inalienables del hombre: derecho a la vida, derecho a la felicidad, derecho a la libre expresión del pensamiento, se lo prohíben con su sistema social abracadabrante, que cede todo el beneficio a unos pocos que no hacen nada y exige todo el esfuerzo, todo el sufrimiento a los otros, a los trabajadores, que no son para ellos sino carne de trabajo, carne de placer y carne de cañón.

Como oposición opondremos nuestra concepción de una sociedad fundada sobre la iniciativa y el esfuerzo de cada uno y el acuerdo de todos.

S. FAURE.

N. B. — Sobre las notas y documentos de Rouget, que no puede continuar por encontrarse enfermo, desde el presente artículo yo continuaré este estudio.

S. F.

UN CUENTO DE GORKI

EL LIBRO PERTURBADOR

Ya no soy un muchacho: tengo cuarenta años ¡sí, caballero! Conozco la vida como conozco las arrugas de mi cara o de mi mano; nadie me puede enseñar nada. Tengo una familia y para crearle un honesto bienestar he debido doblar el espinazo durante veinte años.

Doblar el espinazo es ruda tarea y además muy desagradable. Pero no hablémos del pasado; ahora solo pienso en descansar de las fatigas de la existencia, caballero; le ruego que lo crea.

Cuando descanso me gusta leer. La lectura es un gran placer para un hombre civilizado, y soy entusiasta de los libros. Pero no me parece en nada a esos originaes que se echan sobre el primer tomo que cae en sus manos como los hambrientos sobre el pan, para buscar en él una palabra nueva y pedirle indicaciones acerca del mejor modo de vivir.

Ya sé cómo es preciso vivir; ¡vaya si lo sé!

Mi lectura me la escojo yo mismo, y no leo más que los buenos libros escritos con sentimiento. Me gusta cuando el autor relata el lado honrado y claro de la existencia y hasta cuando dice alguna picardía: así se olvida la calidad del asado chupando la salsa.

Para los que hemos trabajado mucho en esta vida, el libro debe consolarnos, debe ser para nosotros como la canción

que hace dormir al niño. Tal es mi opinión, caballero.

Un descanso sosegado es un derecho sagrado para mí. ¿Quién osaría afirmar que no es justo?

Así, pues, un día compré un libro de uno de nuestros escritores más conocidos. Lo compré, lo llevé a casa, y a la noche, cortando con precaución las hojas, comencé a leer.

Quiero confesárselo a usted. Tenía un prejuicio al empezar la lectura. No creo en el talento de los jóvenes del día. Me gusta Tourgueneff; es un escritor dulce y sosegado. Cuando se le lee es como si hubiera leche sin desnatar y suculenta, y piensa uno: "Hace ya mucho tiempo que ocurrió esto, no es cosa de hoy día; pero ha pasado". También me gusta Górcharov; escribía con estilo sosegado, sólido y persuasivo.

Empiezo, pues, el libro. ¡Eh! ¡Qué diablo! Un lenguaje magnífico, preciso; todo expresado sin prejuicios; todo perfectamente equilibrado; ¡está muy bien!... Acabé un relato corto, cerré el libro y empecé a reflexionar.

Una impresión triste; pero puede leerse sin temor. No hay nada rudo, ni pullas, ni alusiones embozadas y maléficas contra las clases ricas, ninguna tendencia a presentar a las gentes pobres como modelos de virtud y de perfecciones. En

una palabra, no hay nada impertinente; todo es muy sencillo, muy lindo.

Leo otro relato; bien, muy bien. ¡Bravo!... ¡Otro! Se cuenta que cuando un chino quiere convencer a un amigo de quien desea deshacerse por una u otra razón, le invita a su casa y le ofrece confituras de ginebra. Son confituras deliciosas, de un sabor exquisito, y se las come hasta cierto momento con un placer indescriptible. Pero cuando llega ese "cierto momento" el hombre cae como una masa, y ¡se acabó! No comerá ya más porque él mismo va a servir de alimento a los gusanos.

Así es que leí este libro de un tirón y estaba ya en la cama cuando lo terminé, y después de acabarlo apagué mi lámpara y me dispuse a dormir. Estaba perfectamente tranquilo. En torno mío reinaba un sosiego y un silencio absolutos.

De pronto experimenté algo extraordinario; me parece que cerca de mí, en la oscuridad, hay un vuelo de moscas de otoño que zumban en torbellino. Supongo que conoce usted esas moscas que tienen la especialidad de posarse al mismo tiempo en la nariz, en los oídos y en la barba. Sus patas os cosquillean de un modo irritante.

Abro los ojos, y nada veo. Pero en mi alma hay algo doborido y triste. Recuerdo involuntariamente cuanto he leído; ante mis ojos surgen las figuras sombrías de los protagonistas. Son gente débil, moderada, que no tiene sangre en las venas; su vida es tonta y... fastidiosa.

No puedo dormirme.

Empiezo a pensar: He vivido cuarenta años, cuarenta años, cuarenta años. El estómago funciona mal. Mi mujer dice que soy... ¡hum!... que no la amo con tanta pasión como hace cinco años. Mi hijo es un imbécil. Apenas estudia; es muy perezoso; sólo le gusta patinar y leer libros estúpidos... Dios sabe lo que serán esos libros. La escuela es una institución atroz; estropea a los niños. Mi mujer tiene ya la pata de ganso, y, sin embargo, aún está cargada de pretensiones. Mi servicio como funcionario es, en el fondo, de una tontería perfecta si se quiere discutir lógicamente.

Y en general toda mi vida... si se quisiera discutir lógicamente...

Al llegar a tal punto he tirado de las riendas a mi imaginación y he abierto los ojos. ¡Qué diablo! ¿Qué es toda esa fantasmagoría?

Veo cerca de mí un libro. Un volumen flaco, delgado, montado sobre unas largas zancas finas, que mueve la cabeza en señal de aprobación.

Con un murmullo ligero de sus páginas, me dice:

— ¡Sé lógico!

Tiene la cara larga, furiosa y triste al mismo tiempo; sus ojos brillan con fulgor excesivo, me perforan el alma.

"Reflexiona algo, reflexiona bien, ¿por qué has vivido cuarenta años? ¿Qué has dado a la vida durante ese tiempo? Ni un solo pensamiento nuevo ha germinado en tu cerebro; no has pronunciado una palabra original en esos cuarenta años. Jamás surgió en tu pecho un sentimiento sano y fuerte, y hasta cuando te enamoraste de tu mujer pensaste: ¿Me vendrá por esposa?"

"Empleaste en instruirte la mitad de tu vida, y en olvidar lo aprendido la otra media. Nunca pensaste en otra cosa que en tu bienestar, en estar cómodo, en comer bien. Eres un hombre nulo, inservible, superfluo sobre la tierra y nadie te necesita. Morirás y ¿qué quedará de tí? ¡Nada! ¡Será como, si no hubieses vivido!"

Entonces el libro maldito viene a mi encuentro, se instala sobre mi pecho y lo oprime; sus páginas temblorosas me rodean y me murmuran:

"Hombres como tú los hay a millares en el mundo. Toda vuestra existencia se consume como la de las cucarachas en el fondo de sus agujeros y rendijas, y he aquí por qué la vida es tan fastidiosa, tan gris."

Escucho estas palabras y me parece que unos dedos afilados y fríos penetran en mi corazón y le rañan. Siento angustia, experimento malestar, noto que una inquietud indecible se apodera de todo mi ser.

Jamás me pareció la vida muy luminosa. La consideraba como un deber que se había convertido en una costumbre, o, por mejor decir, yo me cuidaba de ella. Vivía simplemente. Pero he ahí que este estúpido libro me planta la existencia con colores insoportablemente apagados y tristes.

"Los nombres padecen, quieren algo, aspiran a algo, y tú no te cuidas más que de tí mismo, aún cuando esto no te proporcione gran placer ni sirva para nada a los demás. ¿Por qué vives?"

Estas preguntas me azoraban, me morían, me devoraban. ¡Y el hombre debe dormir, caballero!

Desde las páginas del libro se fijaban en mí las miradas de los personajes y me preguntaban:

— "¿Por qué vives?"

— "Esto no os importa", hubiese querido contestarles; pero no podía. Ruidos extraños, cuchicheos misteriosos resonaban en mis oídos. Me parecía que el mar de la vida se había apoderado de la cama y me llevaba en ella sobre sus olas, metiéndome en el infinito. El recuerdo de los años transcurridos despertaba en mí algo parecido al mareo. Jamás pasé una noche tan agitada, ¡se lo juro, caballero!

Y ahora le pregunto: ¿qué utilidad puede reportar un libro que perturba la conciencia del hombre y le quita el sueño? Un libro debe desarrollar mi energía. Si en cambio atembra alfileres en mi camino, ¿para qué me servirá? ¡Dígamele usted si le place!

Es preciso retirar de la circulación semejantes libros; sí, caballero, porque el hombre tiene necesidad de que le ofrezcan algo agradable; las cosas molestas se las puede crear él mismo.

¿Que cómo acabó? De un modo muy sencillo. A la mañana me levanté irritable, malhumorado, tomé el volumen y lo llevé al encuadernador.

Y me lo ha encuadernado.

Es una encuadernación pesada. He colocado el libro en el estante inferior de la biblioteca, y cuando estoy de buen humor, le doy suavemente con la punta de la bota y le pregunto:

¿Quién ha ganado de los dos? ¿Eh?

NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE DE UNA IDEA



Inesperadamente, la idea sale de las prensas en millares de hojas.



La idea es pregonada por las calles con gran rabia de las personas conservadoras.



Los censores se preparan a inclinar la idea en una plaza pública.



Mientras sus perseguidores bailan, la idea sale ileso de entre las llamas.



Perseguida por las autoridades, la idea se escapa por los hilos telegráficos.